LAS CIENTO Y UNA. EL ESCRITOR COMO MITO POLITICO

POR

ADOLFO PRIETO

University of Florida, Gainesville

Si la determinación del género no es otra que la de orientar la lectura de un texto, debe asumirse que, en el caso particular de la polémica, la determinación del género tiende tanto a orientar la lectura como a reclamar la inserción misma del lector en el espacio textual construido por los polemistas. Difícil, así, aproximarse al más célebre debate de la literatura argentina sin ser compelido a situarse en el escenario apropiado por las voces de Alberdi y de Sarmiento, sin ser compelido a aceptar las reglas de un juego que se ofrece al mismo tiempo como rigurosa confrontación de ideas y como despiadada contienda de voluntades¹.

La polémica, en efecto, desde antes de su arranque formal, desde antes del disparador anecdótico, que puede ignorarse, aunque no dejar de presuponerse en la economía del texto finalmente producido, despliega una variedad de apelaciones de espectro más amplio y de distinta naturaleza a la que busca persuadir al lector regular de otros géneros. Su punto de apoyo explícito consiste, en este caso, en la proposición de un universo de ideas generales formalmente connotado (democracia, constitución, federalismo), pero de un universo de ideas puesto en circulación en beneficio de intereses políticos concretos, que no corresponden ya, estrictamente, al vaciado conceptual de los términos con los que se supone acordar, y que fundarán, en cada fractura de la cadena de correspondencias, un deslizamiento de significantes cuyo paralelismo se revelará fatalmente inconciliable. Y en estas fracturas, decididamente, se instalarán los gestos de racionalización de los oscuros componentes de las subjetividades arrastradas al debate.

¹ Ricardo Sáenz Hayes, *La polémica de Alberdi con Sarmiento y otras páginas* (Buenos Aires: M. Gleizer, 1926); Horacio Zorraquín Becú, *Estudio preliminar. Juan Bautista Alberdi. Cartas quillotanas* (Buenos Aires: Ediciones Estrada, 1957).

Porque es obvio que cuando Alberdi se recluye por dos meses en su residencia chilena de Quillota para redactar sus *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina*, el texto que resulta de esta determinación involucra, en sus complejos niveles de estructuración, tanto el sazonado repertorio de argumentos con que su redactor pretende incidir en la realidad política de su tiempo como su deseo —transparente en la tersura misma con que lo controla— de destruir a Sarmiento, el destinatario real de las *Cartas*. Que la respuesta de Sarmiento se abroquelara en la complexión sanguínea de *Las ciento y una* no vino sino a sincerar un debate en lo que éste contenía de duelo personal, de exhibición de riesgos mortales, de espectáculo, segregando de esta asociación espuria el murmullo de gradería de circo que se recupera siempre en cada actualización de la polémica.

Indicados así los diversos registros de lectura que provoca la determinación del género, y su particular condensación en el *corpus* constituido por las *Cartas quillotanas*², compilación del grueso de las contribuciones de Alberdi al debate, y *Las ciento y una*³, compilación de las de Sarmiento, va de suyo indicar que todos estos registros se remiten entre sí, y que la elección de uno sobre otro supone sólo un paréntesis operativo, una simple licencia didáctica.

En su cronología visible, la génesis de la polémica se confunde con el desenlace de la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, y los acontecimientos que inmediatamente siguieron a la misma. Para Alberdi, en Chile, el triunfo de Urquiza sobre Rosas significó la oportunidad única de organizar el país sobre bases constitucionales. Saludó entonces, en Urquiza, el agente del destino, y se apresuró a concluir sus *Bases para la constitución de la República Argentina*. Para Sarmiento, en Buenos Aires, las reservas con que había observado la conducta de Urquiza mientras fue boletínero del Ejército Grande se tradujeron en decepción política y en el abandono del país, dos semanas después de la celebración de la victoria. En Río de Janeiro retoma la redacción de la *Campaña en el Ejército Grande*⁴, y la publica, vuelto a instalarse en Chile, en noviembre del mismo año. Para entonces, Alberdi había puesto en circulación la segunda edición de las *Bases*, y debía ser por entonces notorio para el círculo de argentinos radicados en Chile que la ruptura pública entre el defensor y el detractor de Urquiza pertenecía al orden de lo inexorable. La *Carta de Yungay*⁵, dirigida por Sarmiento a Urquiza a mediados de

² *Cartas quillotanas*, op. cit.

³ *Las ciento y una* (Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1916).

⁴ *Campaña del Ejército Grande* (Buenos Aires: Editorial Kraft, 1957).

⁵ Incluida en la edición de *Las ciento y una*, op. cit.

octubre, y la dedicatoria a Alberdi de la ya citada *Campaña*, abiertamente provocadora, no tardaron en confirmar esos pronósticos: la primera de las *Cartas quillotanas* está fechada en enero de 1853.

En esta primera *Carta*, Alberdi rememora el papel que la prensa política había desempeñado, tanto en el ataque como en la defensa de Rosas, durante los veinte años de su gobierno. La prensa de uno y otro sector compartió los mismos gruesos recursos propagandísticos, las mismas arbitrariedades y subterfugios, y aunque rescata la tenacidad y el coraje de los que contribuyeron con sus escritos a crear la corriente de opinión, que favoreció, ciertamente, la caída del gobernador de Buenos Aires, considera que, logrado este objetivo, ni aquella tenacidad ni aquel coraje, aplicados ahora a la tarea constructiva de la paz, podían continuar expresándose en el modo que habían legitimado las tácticas de una guerra sin cuartel. Entre los «gauchos de la prensa», producto de esas tácticas de guerra, puede identificarse ya la presencia de Sarmiento, pero Alberdi no procederá a esta identificación hasta la segunda de sus *Cartas*, cuando un examen de la *Campaña en el Ejército Grande* le facilitará la ilustración perfecta de las modalidades de esa prensa incivilizada. Por supuesto, la sola publicación de la *Campaña*, después del triunfo de Caseros, y el menos que halagüeño perfil que en ella se ofrece del vencedor de Rosas son la señal suficiente de que Sarmiento no ha comprendido nada ni ha cambiado en nada, y de esa señal suficiente deducirá Alberdi la justificación de su minucioso trabajo de desmontaje de los mecanismos con los que pudo construirse un libelo como la *Campaña del Ejército Grande* y de las motivaciones por las que Sarmiento, ese «gaucho de la prensa», persistía en ejercicios de esa naturaleza.

Las marcas personales abundan en la *Campaña*, como en casi todos los escritos de Sarmiento, y no debió de esforzarse demasiado Alberdi para encontrar en algunas de ellas los motivos determinantes de su conducta. El texto incluye más de un pasaje en el que se expresa una vanidad herida, un ego duramente corregido en la percepción de su importancia, una sensibilidad ofendida por los desplantes o por la distancia que el boletínero del Ejército creyó advertir siempre en sus encuentros con Urquiza. El resentimiento, en suma, más que una diferencia política o doctrinaria, venía así a fundar la posición beligerante del libro, la oportunidad misma de su publicación. Y en ese resentimiento, la raíz más sensible, debió registrar la indiferencia con que Urquiza consideró los antecedentes literarios de su subordinado. Alberdi advierte la reacción de Sarmiento y se apresura a situarla en el contexto que debía; previsiblemente, ridiculizarla: «El general Urquiza no satisfizo las miras de influjo que llevó Ud. al ejército, y éste fue el primer motivo de su odio contra él. ¿Cuáles

eran sus miras? ¿Qué iba Ud. a hacer? ¿Qué llevaba Ud. al ejército?: su pluma; Ud. no era soldado. La pluma en un ejército no es un arma. Un ejército supone agotada la misión de la palabra.»

No sorprende que la segunda *Carta*, después de esta persuasiva psicologización del discurso crítico de la *Campaña*, concluya por invitar a Sarmiento a abandonar sus anacrónicos medios de lucha, lo que equivalía también, en el modo en el que cabe responder a los interrogantes retóricos de la admonición, a dar por finalizado un conflicto de naturaleza puramente personal. Sí sorprende, en cambio, que en la tercera *Carta*, resuelta ya a favor de Urquiza la inoportunidad de los antecedentes literarios de Sarmiento en función del conflicto armado para el que se los invocaba, Alberdi decida sustituir a Urquiza como juez de esos antecedentes. No serán ahora los escritos posteriores a Caseros, inficionados por la manía anti-urquicista denunciada en la *Carta* anterior, los sometidos a revisión, sino el conjunto de libros: *Facundo*, *Recuerdos de provincia*, *Educación popular*, *Argirópolis*, que jalonaron los diez años del exilio de Sarmiento en Chile. Y no será ya la autoridad del jefe militar, sino la del hombre de letras, la que decidirá la significación específica de esos textos y el valor de representación política que su autor pretendía asignarles.

No interesa a nuestro propósito ponderar la penetración crítica con que Alberdi da cuenta, en más de veinte páginas de su *Carta*, de los aciertos parciales, de las largas deudas y de los fracasos interpretativos de *Facundo*, ni ponderar la acuidad con que dispone sus rápidas observaciones sobre *Recuerdos de provincia* y *Argirópolis*. Importa más destacar que esta revisión crítica se ordena, otra vez, desde la misma reducción psicologista que preside la *Campaña en el Ejército Grande* y en mérito a la misma atención con que se habían privilegiado en éste las fracturas textuales sobre el texto. En efecto, antes de iniciar el examen del *corpus* literario de Sarmiento, Alberdi recuerda que el autor de la *Campaña* se reputa a sí mismo, en algún momento, como «mito político», como «mito en la imaginación del pueblo». Sobre esta indicación fragmentaria construye, de inmediato, una réplica ampliamente globalizadora:

Para ponerle en paz con el país y consigo mismo, para que deje de agitar por ocupar el poder que considera de su pertenencia desde luego que se reputa un *mito*, es necesario probarle que no tiene títulos para serlo, y probárselo con toda la publicidad de la crítica leal y franca, a fin de hacer de cada lector un juez o un testigo, y del público un cooperador en esta misión de paz.

... Por qué se considera Ud. mito político, o un candidato al gobierno argentino? Por haber escrito diez años contra Rosas?

... Por haber escrito diez volúmenes sería Ud. *mito* político en su

país? Alejandro Dumas ha escrito 700 volúmenes, y si se pretendiese *mito* por esta causa, excitaría la risa de sus paisanos.

... El nombre de un escritor puede ser un mito en la imaginación del pueblo; pero la gloria literaria es antecedente de gobierno en alguna parte? No han tenido ese ascendiente mitológico o fabuloso en nuestro país Belgrano, Moreno, San Martín, que libertaron la América, y lo tendría un escritor de la prensa periódica!

El examen crítico, que ocupa la totalidad de la tercera *Carta*, y las consideraciones sobre los vínculos del periodista profesional con la prensa, que ocupan la cuarta y última de las *Quillotanas*, dan así un nuevo giro a lo que parecía ser el proyecto originario de las *Cartas*. Sin dejar de discutir el papel de la prensa durante las guerras civiles ni de señalar la contumacia con que uno de sus cultores pretendía transvasar los viejos modos en la flamante coyuntura política abierta por el triunfo de Urquiza, las *Cartas* pasan, ostensiblemente, a discutir el estatuto del escritor en la sociedad rioplatense de mediados del siglo XIX. Alberdi creería o no en los juicios que vierte sobre los escritos de Sarmiento y sobre la relación pecuniaria y dependiente del escritor de la prensa periódica; lo que parece fuera de dudas es que estos juicios buscaban afanosamente minimizar el margen de aceptabilidad de la imagen del escritor como mito político.

Sarmiento carecía de vínculos con los grupos o los individuos que poseían poder político en la Argentina; no era asimilable ni se asimilaba a ninguna de las tendencias que se disputaban el control de los acontecimientos; no tenía relaciones valederas con jefes militares ni con representantes diplomáticos. Era, políticamente, nadie en la Argentina, y juzgar sus aspiraciones por estos antecedentes hubiera sido una frivolidad inconcebible para los tiempos y las circunstancias vividas por el febril redactor de las *Cartas quillotanas*. Juzgarlas por sus antecedentes literarios, en cambio, debió de parecerle una seria responsabilidad, y la más urgente, como que, contrariando sus hábitos de trabajo, su voluntad de compromiso y su disgusto por las rencillas personales, dio satisfacción a esa urgencia en los dos meses que la feria judicial de Santiago concedía a la atención de su bufete de abogado.

Si, para Alberdi, el papel del escritor, su proyección social y su eventual constitución en mito político, y mito para la imaginación del pueblo, se recortan sobre su propia negación de los escritos (y del efecto de los escritos) de Sarmiento, para el autor de la *Campaña en el Ejército Grande* ese papel transpira por sus propias evidencias. Aun disminuido a las modestas funciones de bofetinero del Ejército congregado por Urquiza, y a pesar de que por primera vez pisaba el litoral argentino, la gente

reconocerá a Sarmiento y lo saludará en los pueblos que separaban Santa Fe de Buenos Aires a lo largo de la campaña. Los oficiales se disputarán los ejemplares del Boletín, que imprimió sobre la marcha. De uno de estos boletines, el que describe el cruce del Paraná, recordará Sarmiento que «causó viva sensación en todas partes, y en Buenos Aires sobre todo, donde cada cual se preciaba de reconocer el estilo, no habiendo en ello más que una escena que, por lo grandiosa y bella, pocos no acertarían a describir dignamente». Los propios jefes de las divisiones de Rosas leían el Boletín ante las tropas, mientras «los soldados que sabían leer iban a deletrearlas en grupos». En Rosario, un vecino le dice: «Esa gente que pasa mirando es por verlo, porque todos saben que ha llegado. Sus escritos de Ud. lo saben de memoria todos. *Argirópolis* la tienen hasta los soldados, y los que no la han leído, saben por *La Gaceta* que Ud. es el enemigo más terrible que ha tenido Rosas.» Y en Buenos Aires, inmediatamente después de la victoria, admitirá:

Es natural que yo, como escritor muy conocido, muy odiado y perseguido por Rosas, debía ser objeto de curiosidad, por lo menos en Buenos Aires. Por las tardes iba a Palermo, y las gentes que solicitaban ver al general, después preguntaban por mí, y aun al mismo general, y no era raro que se reuniera en torno mío un grupo igual de gentes que las que rodeaban al general. Así que noté esto dejé de ir a Palermo en las horas de concurrencia.

Estas evidencias, presentadas en el tono arrogante y confidencial de los reconstituídos apuntes de campaña, carecen, por cierto, de casi todo recaudo probatorio, pero, aun admitidos sus excesos, no dejan de guardar familiaridad con las ofrecidas por otras fuentes contemporáneas. Mientras Alberdi redactaba sus *Cartas quillotanas*, por ejemplo, tuvo lugar en Buenos Aires el incidente que recordaría Benito Hortelano en sus *Memorias*, de 1860. Hortelano, librero e impresor español establecido en la ciudad desde antes de la caída de Rosas, envió un ejemplar de los *Viajes* de Sarmiento a los oficiales de una nave española surta en el puerto. Fue tal el escándalo que la lectura de los pasajes dedicados a la Península provocó entre los oficiales, que Hortelano, entre burlas y veras, imaginó una digna compensación a tantas impertinencias, encargando una réplica a Martínez Villerga, el versátil periodista residente entonces en París. En agosto de 1853, Martínez Villerga concluyó su *Sarmienticidio* o *A mal sarmiento buena podadera*, y semanas después llegó a Buenos Aires la edición completa del mismo. «En pocos días vendí los 500 ejemplares —dice Hortelano— y en breve fue reproducido en varios diarios de Buenos Aires y las Provincias de la Confederación. Varias ediciones se han

hecho del *Sarmienticidio*, habiendo logrado los honores de ser leído por todos los habitantes del Río de la Plata y del Pacífico, en donde Sarmiento es muy conocido»⁶.

Lo sustantivo de la anécdota no reside, desde luego, en la sátira de Martínez Villerga ni en el dudoso ingenio de su artefacto en prosa y verso. Reside en la comprobación de que el nombre de un escritor local, vivo, fuera suficiente para urdir un proyecto editorial preciso —cualquiera fuera la dimensión del mismo— y la comprobación de que ese proyecto estuviera fundado en la existencia de un círculo de lectores para los cuales el nombre, la imagen de un escritor actuaba como determinante de apelación autónomo.

Con diferentes registros se visualiza entonces la consolidación de un nuevo espacio de articulación social de un cruce de niveles de comunicación en el que la imagen del escritor nacional empieza a ser reconocida en su función de distribuidor y condensador de signos. Puede admitirse, con pocas reservas, que la legendaria vanidad de Sarmiento, al singularizar la novedad del fenómeno en su propio caso, exagerara la efectiva proyección social de esas funciones en el contexto en el que las convocaba; pero no caben dudas de que tenía una aguda conciencia del fenómeno y del modo como éste había intervenido e intervenía en el trazado de su destino personal.

Y es en términos de destino, en términos de elección existencial, como Sarmiento se sitúa ante las sorprendidas *Cartas quillotanas*. Sabe que Alberdi ha apuntado con ellas a la piedra angular de la fábrica que lo sostiene, y que, dislocada esa piedra, quiere, simplemente, destruirlo. Su reacción es pasional, pero la violencia, la desmesura y la confusión que desbordan los cinco capítulos de *Las ciento y una* traducen menos una disposición de ataque que una de exasperada defensa.

Sarmiento desordena el orden propuesto por Alberdi en sus *Cartas*, y de este material así removido extrae sus propias prioridades, las sopesa y las enuncia con un recurso al diálogo directo, que servirá de firme armazón retórica a *Las ciento y una*:

De qué se trata en sus cartas quillotanas? De demoler mi reputación... Yo no soy sino periodista a sueldo. Un *gaucho malo* de la prensa... Y si algo queda que me diera valor a mis ojos o a los ajenos, ese algo lo hace usted menudos fragmentos y me los arroja a la cara.

⁶ Benito Hortelano, *Memorias* (Madrid: Espasa Calpe, 1936). El texto de Martínez Villerga, en *Juan María Gutiérrez. Cartas de un porteño* (Buenos Aires: Editorial Americana, 1942).

Facundo, Argirópolis, política, intenciones, capacidad, estudios, servicios, qué me ha quedado? Soy el Job de la República Argentina, el instrumento roto, mellado y arrojado al muladar.

De estos tres enunciados, el primero se reconoce como el impulsor dinámico de la respuesta y el que genera la contrapropuesta implícita de demoler, a su turno, la reputación de Alberdi. El segundo, el tercero y buena parte del cuarto capítulo de *Las ciento y una* se centralizan así en el ataque personal a Alberdi y en la reconstrucción que quiere servir a este objetivo, de la problemática política argentina contemporánea, sus supuestos doctrinarios y la actuación de grupos y tendencias partidistas. Pero buena extensión del primero, del cuarto y casi la totalidad del quinto capítulo estarán dedicados a revisar los juicios críticos de Alberdi y —más precisamente— a discutir sus apreciaciones sobre el periodismo, el periodismo profesional y el profesionalismo en las letras.

También en los pasajes más distanciados de la confrontación personal y de la discusión doctrinaria puede advertirse el interés de Sarmiento (no compartido por Alberdi) en fijar toda información que permitiera dimensionar los canales de difusión de los impresos contemporáneos. «*Argirópolis* corre a dos mil ejemplares en la República Argentina hace un año: *Sud América* circula a 800 ejemplares en toda la República. Sus *Cartas* corren en mi patria a dos mil ejemplares.» Y en rodear a esa información con los usos metafóricos que mejor contribuyeran a su realce: «... imprimí *Argirópolis* a dos mil ejemplares para inundar la República»; «Y todo aquel misterio... para qué, Alberdi? Para darte tiempo de inundar la República de ejemplares»; «*La Crónica, Argirópolis, Sud América* convendrá que son un poco conocidos, hasta cierto punto conocidos, muy conocidos, conocidos de todos todos».

Y junto con este interés, una aproximación a los textos menos ideologizada o politizada que la de Alberdi, más atenta a los componentes literarios específicos, aunque estos componentes se destaquen, con frecuencia, en beneficio exclusivo de los fines polémicos. Así dirá de las *Cartas*: «En cuanto a su estilo, ni tocarlo! Usted que habla de la academia y del minotauro de nuestros campos.» O encomiará, con su repliegue irónico, la ductilidad de la prosa de Alberdi: «Apuesta a que asesina (con la pluma) un hombre, y nadie descubre en el cadáver ni rasguño, ni contusión, ni herida, ni amoratadura. Cómo ha muerto? Parece de muerte natural! Alberdi vuelve la cara y, poniéndose la mano en la boca, ríe como el traperero de Cooper.» O exhibirá, en otro registro, la proliferación de significantes que, en su lectura, se proponen como ajustables al título con el que Alberdi presenta sus *Cartas quillotanas*: panflético... panfle-

tito... planfletín... libreto... librito... librejo... operilla... ópera bufo-seria de Quillota».

Con todo, la tendencia de Sarmiento a enfatizar en el debate su condición específica de escritor se manifiesta con la mayor intensidad en sus esfuerzos por discernir, precisamente, el estatuto profesional del mismo y por discernirlo en función de las desdeñosas observaciones de Alberdi sobre su presunta calidad de periodista a sueldo. De todas las críticas personales que le dirige el autor de las *Cartas quillotanas*, ninguna tan mortificante como ésta, ninguna que le produjera tanto desconcierto. Responde con serenidad a las insidiosas dudas sobre sus antecedentes como hombre de Estado; a las burlonas referencias a su proclamado *curriculum* militar; a las ligeras acotaciones sobre su labor de maestro y propulsor de la escuela pública: «deshonradme enhora buena; pero no toquéis la educación popular, no desmoronéis la escuela, este santuario, este refugio que nos queda contra la inundación de la barbarie...». Estas certidumbres, literalmente, se desvanecen en cuanto la respuesta apunta a comentar las observaciones de Alberdi sobre sus vínculos con el periodismo. Se desvanecen y se desgarran en argumentos y en enunciados visiblemente contradictorios.

Un año antes, sin embargo, en algún pasaje de la *Campaña en el Ejército Grande*, había señalado su identificación con el ejercicio de la prensa periódica: «pues debiendo a ella una mediocre posición en varios estados americanos, y me atrevería a añadir, entre algunos distinguidos hombres de Europa, no es extraño que la ame y la estime mucho». Esta identificación coincide plenamente con el balance que Tulio Halperín Donghi ofrece de la situación de la prensa sudamericana, a mediados del siglo XIX, y del papel socialmente consentido a sus principales protagonistas⁷. Sólo que esta identificación y este consentimiento social, al menos en el caso de Sarmiento, escondía un punto vulnerable que la indiscreción del redactor de las *Cartas quillotanas* decidía hacer público en su forma, probablemente, más odiosa.

Alberdi, en efecto, rechazando las semejanzas que Sarmiento le imputaba, en alguno de sus escritos con Girardin, el más ubicuo representante de la prensa francesa contemporánea, dirá con acrimonia: «Yo soy abogado de profesión, Girardin es impresor y gacetero de oficio. Comparar un abogado con un periodista es poco espiritual. Yo no debo ni he debido mi pan cotidiano a la prensa política... Yo visito la prensa por accidente

⁷ Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1985).

y regalo mis manuscritos a los editores; Girardin se titula *La Presse*, como otro se ha dicho *la prensa de Chile* por muchos años, y vende sus renglones al público... No trafico yo con el calor, es cierto; no vendo entusiasmo.»

Ese otro que se había dicho *la prensa de Chile* era, por supuesto, Sarmiento. Y Sarmiento, en la ofuscación producida por la lectura de este pasaje, en la prisa por responder a una acusación que se le revelaba como particularmente irritante, olvidó (o no tuvo entre sus manos el texto) que, apenas quince años antes, el propio Alberdi, cuando todavía gustaba de difundir sus anotaciones satíricas bajo el seudónimo de Figarillo, se burlaba, ya desde Montevideo, de una sociedad cerril que no creía en la posibilidad de que poetas, narradores y periodistas como Chateaubriand, Lamartine, Hugo y Dumas pudieran vivir de lo que escribían y que pudieran ser considerados grandes personalidades individuos que escribían verdades para comer⁸. Esta notable contradicción en las palabras de Alberdi indica hasta qué punto él mismo estaba tironeado por las dificultades en visualizar un espacio en el que la presencia del escritor fuera percibida sin vacilaciones, y hasta qué punto, correlativamente, la sociedad contemporánea vacilaba en el reconocimiento de ese espacio. El dinero, desde luego, y la intrincada red de relaciones particulares con el mismo, estaban en el centro de esas vacilaciones.

Con el texto del juvenil Figarillo a la mano, Sarmiento podría haber no sólo destacado la contradicción en que incurría el Alberdi maduro de las *Cartas*. Podría, eventualmente, haber utilizado esa contradicción para orientar el debate en la elucidación del doble parámetro con que la sociedad medía a los escritores y con que los escritores se medían entre sí. Sin ese texto, desconocido u olvidado por la ofuscación, la respuesta de Sarmiento se encuentra sin otro recurso que el de reducir el alcance genérico de la discusión a términos estrictamente personales. Pondrá en duda, así, la validez académica de los títulos que ostenta Alberdi. Se esforzará en demostrar que el desdeñoso abogado Alberdi también prestó servicios a la prensa en numerosas ocasiones, y por retribución monetaria, en su doble calidad de periodista y empresario.

Es el momento más débil en la argumentación provista por *Las ciento y una* y el que arriesga perder el sentido mismo de la discusión, como

⁸ Figarillo en Montevideo fue publicado el 15 de agosto de 1938 en *El iniciador*, de Montevideo. Véase Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo* (Buenos Aires: Eudeba, 1963); Jorge B. Rivera, *El escritor y la industria cultural* (Buenos Aires: CEAL, 1980).

que propone, para perder a Alberdi, aceptar como válida su condena del periodismo profesional, el único territorio en el que el escritor recibía retribución monetaria por su trabajo específico. Es también el momento que mejor expresa la radical inseguridad de Sarmiento, la insuficiencia con que, ante sus propios ojos, se exponen, de pronto, los atributos de los trabajos y las profesiones ejercidas en su vida. «¡Habéis sido cruel en demasía, Alberdi, con vuestra víctima! Sesenta días habéis empleado para acumular en ciento veintitrés páginas el dicterio de periodista, impresor, gacetero...»

Acorralado por esa inseguridad; dispuesto, al menos por un instante, a admitir que ninguno de sus trabajos y profesiones satisfacían las exigencias de independencia económica y respetabilidad, que parecían desprenderse, naturalmente, del título y del ejercicio de la abogacía esgrimidos por Alberdi, se refugiará en la reivindicación de su profesión de maestro, la única que, por su condición de apostolado laico en una sociedad abiertamente convencida de las ventajas y de la urgencia de la propagación de la enseñanza común, parecía eximida de competir por los signos convencionales de aprobación. «Si alguna vez hubiese de asignárseme, sin intenciones pérfidas, una profesión social, un oficio como el de médico, militar o abogado, sería el de educacionista, de maestro de escuela, título que estimo en más que el de abogado, que he podido obtener en Chile mediante tres años de estudios facilísimos», dirá Sarmiento, con una acoación final que vale como su propio comentario.

Con este verdadero acto de exorcismo, el malestar aparentemente se reduce o tiende a ser reabsorbido en la dinámica de un proyecto de inserción social que no se resigna a prescindir de la imagen y del oficio de escritor. Vuelve una y otra vez sobre el tema del periodismo. Toma distancias. Distingue: hay buenos y malos periodistas. Distingue: hay honestas y deshonestas maneras de servir al periodismo. Distingue: hay hojas periódicas que son la creación especial de un objeto único para el autor. Distingue: hay periódicos que no son periódicos en el sentido inoble que les atribuye Alberdi, sino *escritos*.

Sarmiento recupera así la acepción positiva del periodismo profesional contra los denuestos impresos en las *Cartas quillotanas*, pero no utilizará esta operación de rescate para afirmar su propia identificación con el oficio de periodista, tan claramente asumida en su *Campaña en el Ejército Grande*. Antes al contrario, consagrará varias páginas del capítulo final de su respuesta a Alberdi a demostrar la irrelevancia de sus vínculos personales con el periodismo. No vuelve ahora a las rectificaciones desperdigadas en los capítulos iniciales; no elabora tampoco ninguna nueva línea de argumentación contenciosa. Se limita a recortar el texto de Al-

berdi en sus pasajes de crítica directa al conjunto de su producción escrita y a exponer los inesperados efectos de este montaje de lectura:

Prometíle probarle que no era periodista de profesión, ni menos a sueldo; y usted sabe que me gustan las paradojas. Voy a probárselo... Desde la página 23 de sus envidiables cartas hasta la 91 (68 páginas, la mitad de la obra) se ocupa en refutar libros y no periódicos. Más todavía: no se ha ocupado usted de periódico ninguno en su obra, pues si menciona *La Crónica* y *Sud América* es con encomio. Luego no es en los periódicos donde está el mal; luego no soy periodista. ¡Cómo!, un escritor que ha escrito seis obras (la bondad o importancia no hace al caso) es periodista de profesión? Será un autor de profesión, y por accidente, periodista...?

Finalmente, de todas las duras alternativas del debate, Sarmiento parecía obtener la pieza de convicción que necesitaba. Y la obtiene articulada en los razonamientos y en los juicios de su propio contrincante. Sarmiento, autor de profesión; por accidente, periodista. De esto se trataba. Toda la maquinaria argumentativa de Alberdi venía a concluir en este reconocimiento, y este simple reconocimiento restituía la polémica, si no a su estado inicial, al menos a un estado en que su conciencia de los asuntos debatidos parecía clarificarse.

Sarmiento sabe ahora que sus relaciones con el periodismo profesional son menos solidarias de lo que había sospechado hasta la lectura de las *Cartas quillotanas*. Sabe ahora que el reconocimiento implícito de Alberdi a su condición de escritor confirma el encadenamiento de opciones sobre el que se construyó su destino. Y sabe que la profesión de escritor, sin relaciones de retribución económica, estaba condenada al limbo del reconocimiento social, al menos que quien la ejerciera se promoviera con ella a la calidad de «mito político» o de «mito en la imaginación del pueblo». Las críticas de Alberdi no destruyen estas aspiraciones; las confirman; les quitan, inclusive, ese aire de ingenua petulancia con que se exhibían en la *Campaña del Ejército Grande*. Ahora, al revisar, en un intercambio con los antecedentes de Alberdi, los antecedentes que probarían su propia capacidad como hombre de Estado, recordará el escenario en el que desempeñó sus funciones de boletínero y resumirá, con extrema sobriedad, el sentido de aquella experiencia: «Es preciso haber trabajado diez años, y cuando el resultado estaba próximo, ir al teatro de los sucesos, y en un país militarizado, mostrarse entre los combatientes y dejar en los ánimos la idea de que ser pensador, escritor, publicista, no degrada el alma.»

Quince años después de concluida la polémica, Sarmiento fue elegido presidente de la República Argentina, sin otros antecedentes que no pasaran o no se hubieran establecido a partir de su prestigio como escritor. Nada más tentador que deducir de esta simple transposición de datos la idea de que Sarmiento se constituyó efectivamente en un «mito político» de su tiempo y de que de esa condición se generó el clima que llevó a la proclamación de su candidatura. Nada tan lleno de acechanzas, sin embargo, como demostrarlo.